

REAL ACADEMIA GALLEGA

LA TOPONIMIA DE GALICIA

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION

por

D. Fernando Martínez Morás

y

CONTESTACION

de

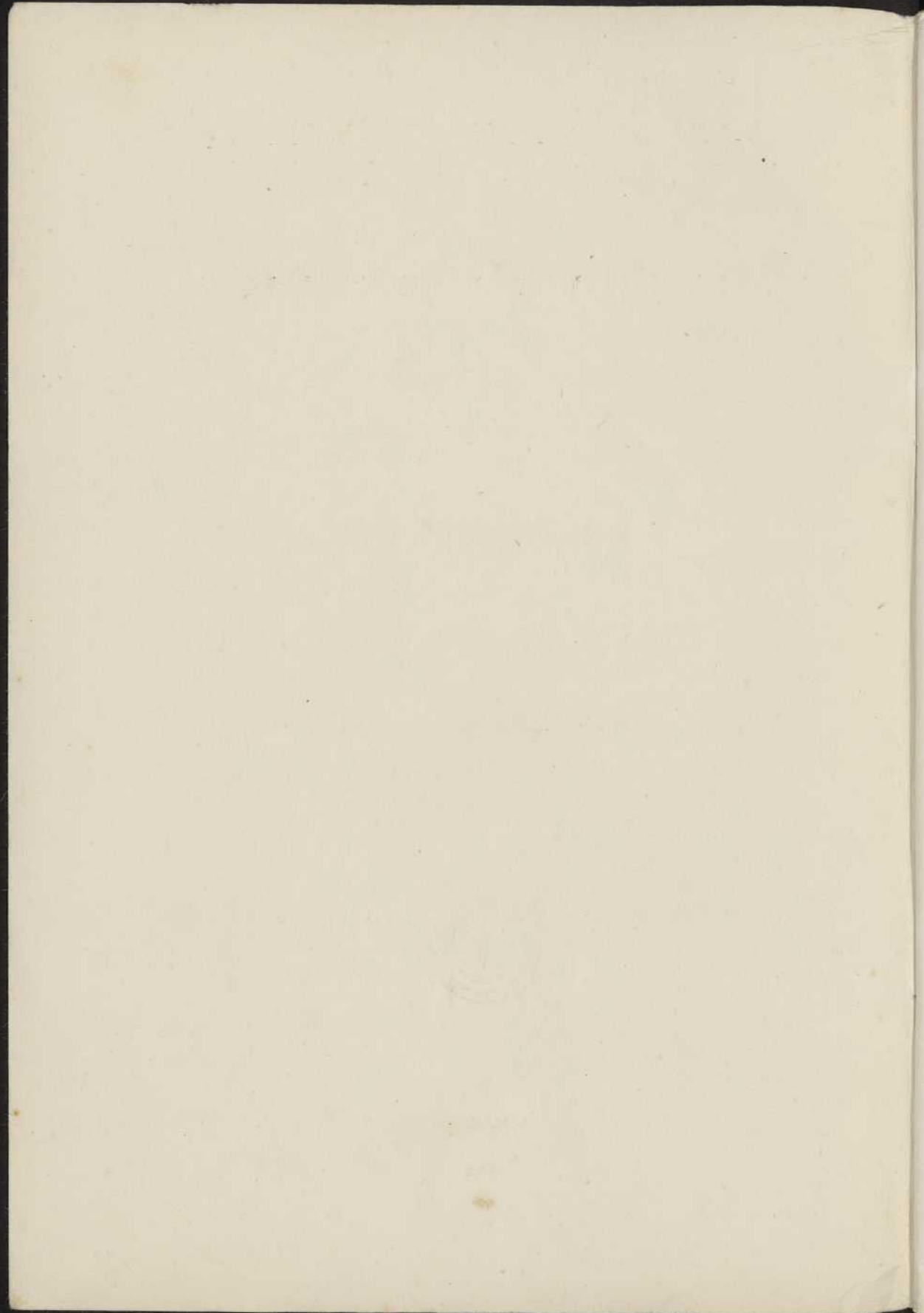
D. Eladio Rodríguez González

el 30 de noviembre de 1926



LA HABANA

1962



REAL ACADEMIA GALLEGA

LA TOPONIMIA DE GALICIA

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION

por

D. Fernando Martínez Morás

y

DISCURSO
CONTESTACION

de

D. Eladio Rodríguez González

el 30 de noviembre de 1926



LA HABANA

1962

REAL ACADEMIA GALILEGA

LA TOPONIMIA DE GALICIA

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION

por

D. Fernando Martínez Morán

y

CÓNTRESTACION

de

D. Emilio Rodríguez González

el 30 de noviembre de 1928



LA HABANA

1929

Deliberación preliminar.

Deliberación

"Cuando los veía una parte para siempre a los que más amaba y sufría por la pérdida sufrida el más duro de los dolores, qué podrá decir de aquellas infortunadas que, ofreciendo a su patria abundantes frutos de su inteligencia, desaparecieron de golpe, en los momentos mismos en que se preparaban a darnos el glorioso producto de su labor, de su esfuerzo y de su extenso trabajo, asesinado por el crimen de la guerra civil, y como quisiera decir, puesto ya en el rancho de que habían de salir espléndidas las más delicadas pruebas de su amor al país y delgo de su clara penetración en los entresijos del pasado de Galicia del noble y siempre discreto, jurelo un que supieron iluminar los misterios de la Música y la Poesía indígena, muriendo cuando coronaban sus trabajos, los nuevos, los espléndidos frutos que les esperaban!"

Escrito este párrafo de una manera espontánea en nuestro venerable Patriarca Murguía —también él ido ya— a raíz de la muerte de aquel ejemplo ciego, Eladio Oviado y Arca, lamentando su tránsito prematuro de este mundo. Recordando las palabras del Maestro, porque tal como le oigo entonces es mi posición de ánimo en este trance a que ha querido traerme una desgastada lamerced. Y dificultad más mi situación en este instante la conciencia de que jamás fui indigno de la personal, lección por cierto, podrá aducirse a la magnitud de la

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DISCURSO

de

D. Fernando Martínez Morúa



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Señores académicos:

Señores:

“Cuando ha visto uno partir para siempre a los que más amaba y sintió por la pérdida sufrida el más duro de los dolores, ¿qué podrá decir de aquellos infortunados que, ofreciendo a su patria los maduros y abundantes frutos de su inteligencia, desaparecen de golpe, en los momentos mismos en que se preparaban a darnos el glorioso producto de su largo, penoso, profundo y extenso trabajo, sazonado por el estudio, esperado por los suyos, y, como quien dice, puesto ya en el yunque de que habían de salir espléndidas las más delicadas pruebas de su amor al país gallego, de su clara penetración en las entrañas del pasado de Galicia, del noble y siempre discreto juicio con que supieron iluminar los misterios de la Música y la Poesía indígenas, muriendo cuando coronaban sus triunfos, los nuevos, los espléndidos triunfos que les esperaban?...”

Escribía este párrafo de emocionada espontaneidad nuestro venerable Patriarca Murguía —también él ido ya— a raíz de la muerte de aquel ejemplar clérigo, Eladio Oviedo y Arce, lamentando su tránsito prematuro de este mundo. Recuerdo las palabras del Maestro, porque tal como la suya entonces es mi posición de ánimo en este trance a que ha querido traerme una designación inmerecida. Y dificulta más mi situación en este instante la consciencia de que jamás mi insignificancia personal, tenedlo por cierto, podrá adecuarse a la magnitud de la

figura cuya sucesión me habéis impuesto: ni es siquiera para mi espíritu, acendrado en el fervor de otra evocación íntima y dolorosa que siempre surge y de él se apodera cuando entre vosotros me encuentro, el acertar a presentaros ahora, como de justicia y costumbre en tales casos, al menos un modesto esbozo de la personalidad y la obra del trabajador infatigable, doctísimo compañero vuestro y buen amigo mío, cuyo vacante sitio me habéis brindado tan generosamente.

Conocí a Eladio Oviedo allá en los primeros años de mi veintena. Presidía yo entonces aquella inolvidable Universidad Popular en la que unos cuantos jóvenes altruistas laborábamos por dar al obrero de nuestra urbe lo poquísimo que nuestro afán de saber y el ansia generosa de ayudar al desprovisto, podían ofrecerle. Guiábamos a un grupo de simpáticos artesanos, ávidos de admirar las maravillas del arte de Compostela. Y allí habíamos de encontrarnos con Oviedo Arce.

En las inmensas galerías de la Universidad Pontificia y bajo las bóvedas solemnes de San Martín Pinario, hubieron de resonar entonces sus cálidas frases; aquella palabra fogosa y atropellada, en que el pensamiento parecía arrollar a la expresión; aquellas exclamaciones hiperbólicas; aquellos ditirámicos conceptos en los que vertía, audaz y persuasivo, el entusiasmo por la historia, la tradición y el arte de su tierra, magnificándolos al extremo... Tan feliz fue aquel encuentro, tan fecunda la enseñanza, tan contagiosa la efusión patriótica, que aquellas docenas de obreros, todos a lo menos indiferentes en materia religiosa, complaciéronse en abrazar al joven cura, deslumbrados por el fulgor de la encendida antorcha del amor a la región que alumbró siempre el paso de Oviedo Arce por el mundo.

Conocíamos ya en esa época el estudio, que había dado a luz respecto a los gremios y cofradías en el medievo

galaico; ya había publicado también su trabajo sobre San Pedro de Mezonzo, el autor de la Salve. Sabíamos de sus rebuscas en los archivos y de sus consultas en las bibliotecas, de su peregrinar por la diócesis, recogiendo de sus alumnos, clérigos ya, desperdigados por villas y aldeas en su profesión de cura de almas, notas y más notas. Recibía aún las inspiraciones del sabio autor de la **Historia de la Iglesia de Santiago**, cuya cátedra del Seminario heredara, y le auxiliaba en su labor; relacionábase con los cultos de toda Galicia y los eruditos de fuera; investigaba en sus ocios por la tierra de Noya, su tierra, acumulando datos y noticias para historiarla y para añadir a las glorias de la bellísima comarca el prestigio de ser contadas por su pluma.

Con arsenal tan copioso y la preparación básica que poseía, planeó Oviedo cien trabajos: la Paleografía, la Arqueología, la Lingüística, seducíanle; y en su campo laboró, talentosamente, sobre materia gallega. En brillante oposición hizose archivero, y, después de frecuentar el Centro de Estudios Históricos, de empaparse en el ambiente de los museos y colecciones españoles, de recibir sabias lecciones y alientos de hombres ilustres, vino a La Coruña, adentrándose en el Archivo Regional y de sus entrañas extrajo documentos que estudiaba con singular cariño y publicó interesante serie de trabajos. En la conferencia, en la monografía, en el estudio académico, exaltó las virtudes excelsas de las mujeres gallegas: Eteria, Ilduara, Inés de Ben...; analizó y criticó los monumentos de nuestra tradición poética, redactó su primorosa obra acerca de Martín Códax; llevó a término la difícil misión de restablecer la verdad en cuanto al valor de los documentos pontevedreses que a García de la Riega sirvieron para asentar su tesis de "Colón español"... Y, si la muerte implacable no hubiera segado el hilo de aquella vida consagrada a la mayor gloria de Galicia, la voluntad, el talento, el ya maduro juicio de Oviedo Arce,

habrían dado fin a la decena de valiosos trabajos que tenía en el telar y ¡quién sabe a lo que más!, prometido por su inagotable amor al país y sus afanes por servirle.

La dulce, encantadora tierra noyesa, de sus más caros e íntimos afectos, acogió su cuerpo aún joven — el alma al Altísimo llevara sus ensueños!...— Y, al cabo de unos años, el más modesto de sus amigos, el menos calificado de sus admiradores, ha de ser quien le dedique esta breve y efusiva recordación.

* * *

¡Elegir tema para un discurso!

Grave dificultad para el hombre curioso, que no se aferra y encadena al exclusivo cultivo de una disciplina, que somete blandamente el espíritu a la huella de todas las impresiones de la cultura ajena y mantiene la afición siempre alerta para recoger y gozar las novedades de la investigación de los doctos en variados campos. Gravisima dificultad, sobre todo, cuando el discurso ha de ser presentado ante vosotros y ha de merecer la censura de la ilustre Corporación a cuyas puertas llega el neófito sin otro bagaje, sin otra ejecutoria que los del humilde peregrino de las sendas del saber, enamorado de las cosas de su país, de las glorias y tradiciones de su patria.

Resolver tan arduo problema fuerza a desechar asuntos a los que el cariño nos tiene vinculados en una larga etapa de la vida o que en felices momentos han ganado nuestra efusión entusiasta, materias que en el alma despertaron simpáticas dilecciones y que con otras desearíamos poder conjuntar y resumir para a todas ellas referirnos, en tan solemne ocasión, abarcándolas en un abrazo de cíclope que aquí os las transportara, hilvanadas por misterioso

hilo, factor de unidad o de reunión al menos... Mas ¿cómo fabricar ese desconocido, maravilloso vínculo que tan varias solicitaciones del espíritu atase y anudase con firmeza, sin que el discurso resultara incongruente y fragmentario, colección de partes exentas y diversas?...

Inevitable la decisión; preciso discriminar y elegir a impulsos del poderoso estímulo con que la Junta de Gobierno de esta Real Academia nos encamina a cumplir un deber reglamentario, imperativo que no cabe discutir.

“La toponimia de Galicia”. — He ahí el tema audazmente elegido y del que la vastedad y los peligros nos arredran, en el momento mismo de señalarlo.

No ya en Galicia; en un país en que los estudios históricos y filológicos hubiesen logrado amplio desarrollo y adquirido la relativa perfección a que la ciencia puede aspirar; donde se hubieran sistematizado los trabajos de Geografía histórica y metodizado las transcripciones paleográficas y la publicación de todos los documentos que se guardaran en sus riquísimos archivos, y donde se conservasen originales o reproducciones de la mayoría de sus monumentos epigráficos y numismáticos; aun en país, decimos, de la más avanzada cultura y especializada preparación, resultaría difícil descifrar a conciencia todos sus nombres geográficos.

¿Cómo no ha de parecer osado que un modestísimo estudio se atreva a proponer tal tema referido a nuestra región, en la que por los dedos se cuentan los autores de obras históricas que merezcan pleno crédito, en la que los estudios lingüísticos se han tratado por los más con el menor fundamento, donde existen muchos millares de documentos que nadie ha leído y se han dado a la prensa otros ligeramente transcritos de originales o vertidos confiadamente de modernas copias llenas de errores, y se dejan perder y arrebatarse por la pesadumbre de los siglos,

por la incuria propia y los excesos del centralismo, abundantes veneros de información?...

Por eso, señores académicos, y también por la proporción que no debe excéder este trabajo, pretendo sólo esbozar el asunto, exhibir la importancia del tema, dejando para mayor vagar y examen más reposado el descender a la prolijidad del detalle, al análisis detenido y numeroso que algún día permitirá que ofrendemos a nuestra patria el vocabulario toponímico, si incompleto, a lo menos nutrido, que la cultura gallega demanda de los que a estas cosas dedicamos atención.

Si hojeáis los nomenclátoreos de ciudades, villas, lugares, aldeas y caseríos de Galicia, observaréis que existen centenares de nombres con significado perfectamente claro. Otros, en cambio, nada os dirán a primera vista y acaso parezcan designaciones caprichosas o hueras; algunos, por último, bien transparentes, se os presentarán en grotesco hibridismo o en formas desde luego inteligibles pero que advertís no corresponden ni con la pristina idea que les dió vida ni con la original grafía que tuvieron.

Leemos **El Pasaje** y, salvando el castellanismo, fácilmente evocamos por qué se ha llamado así el caserío emplazado en el sitio de donde partían las barcas para hacer la travesía de la ría de ensueño; y así **El Barco**, en la ribera del Sil, y **la Barca**, en Pontevedra, y **la ría do Barqueiro** entre los territorios lucense y coruñés. Vemos **Monteagudo** y, se nos declara, conociendo el lugar, el empinado cerro que a su sombra cobija la románica iglesia y el núcleo de viviendas de la parroquia de Santo Tomé, en Arteijo; **Puentedeume** nos sugiere sin dificultad a **Ponte** o **as Pontes de Ume**, su nombre medieval; **Vilaboa**, la villa grata y deleitosa hoy como ayer; **el Carballo**, **el Castelo**, **Penafurada**, **Castro**, **Montouto**, **Monforte**, despertarán sin esfuerzo la idea clara del árbol singularizado por su frondosidad, ancianidad o corpulencia, de la ingente fortaleza que dominó la comarca en otros tiempos, de la peña na-

tural o artificialmente horadada que era asombro o curiosidad de las gentes, de la altura parapetada que sirvió de solar y defensa a los antiguos pobladores, de la cumbre destacada sobre el llano o sobre las eminencias vecinas y de apariencia inexpugnable. Y como éstos, **Outeiro, Souto, Fraga, Fonte, Fontela y Fontiña; Fonteboa, Fontesecca, Fontefría, Fontenova, Fonsagrada;** y **Quintá, Pazo, Couto, Lamas y Lameiro; Soocastro y Soumonte; Casal, Casaliño, Casar, Casares, Casás, Casanova y Casavella, Casas longas, Tras do río, Tras da Veiga, Pradolongo,** y cientos de otros nombres de lugares, aldeas y parroquias gallegas que a la simple lectura descubren su motivo original.

Pero muchos otros toponímicos creyéranse a primera inspección vocablos arbitrarios sin conexión alguna con la topografía, el clima, la fauna, la flora, la historia del país y de las gentes que lo habitaron o lo poseyeron, grafías y sonidos al parecer inexpresivos, horros y vacíos, que lo mismo pudieran haber sido aplicados a designar otros lugares que aquellos a que aparecen adscriptos por larga tradición.

* * *

La curiosidad humana se ha ejercitado siempre y en todos los pueblos en buscar interpretaciones a los toponímicos, cuando estos nombres no se presentan con franca claridad; pues es indudable que el hombre no ha asignado sin alguna razón, sin fundamento y a capricho, a cada lugar su nombre característico.

Dice un ilustre profesor lusitano: "Se comprende fácilmente que el hombre, al dar nombre por primera vez a los sitios que escogió para su morada procedería en forma idéntica a la que emplease con los demás seres y

objetos con que estaba en contacto más o menos íntimo: de entre los varios aspectos en que su espíritu los enfrentara, aquel que sobre todos destacase y lo impresionara más sería el que procuró traducir en la denominación impuesta: ya la elevación, ya la forma, bien sus circunstancias externas: un río que lo cercase, un monte que lo defendiera, la arboleda a cuya sombra se asentase; en otros puntos, acaso, hechos especiales de la vida privada o de la vida colectiva que hubieran ocurrido allí transmitiendo al lugar un carácter de notoriedad, y tantas otras y variadas circunstancias. Es evidente que muchísimas de esas denominaciones no son ya hoy las primitivas; como todo en el mundo, ¡cuántas habrán nacido para después, pasado un tiempo más o menos largo, morir sin dejar rastro ni vestigio lo mismo que los lugares a que iban ligadas, en tanto de sus cenizas surgían otras nuevas!”

Muchas veces el vulgo tratando de asociar una significación al nombre ya para él ininteligible y por una inclinación innata a explicarse todas las manifestaciones del lenguaje, lo transforma y lo moldea a su manera, lo reuerce y adapta a su posición espiritual ante el fenómeno; y esa adaptación perdura transmitida y aun nuevamente trastrocada, de generación en generación, creando formas gráficas y sonoras distanciadas de la primitiva y que hacen cada vez más difícil identificar el origen del vocablo y su evolución hasta el día.

La práctica de la **etimología popular** es así, con frecuencia, responsable de la dificultad con que tropezamos para aclarar el origen y significación de nuestros toponímicos.

En el lenguaje del pueblo — dice Max Müller (II, p. 577) — hay mucho de este género de mitología vulgar que nace de una tendencia muy natural y generalizada, mejor, de una convicción, de que cada nombre ha de tener su significado propio. Si el real y originario se ha perdido, merced principalmente a los desastres de la decadencia

fonética, se asigna a la palabra alterada una nueva significación, al principio con vacilaciones pero muy pronto ya dogmáticamente.

Se ha olvidado, en otros casos, la noción histórica de un hecho o de los personajes y se conserva sólo un atisbo del sentido que la alusión a sus nombres tuvo, y surgen disparates populares de interpretación a veces muy dificultosa. Un romance divulgadísimo en España en los siglos XVI y XVII y que se cita en "La Celestina", comenzaba así, aludiendo a la crueldad del emperador romano:

Mira Nero, de Tarpeya
a Roma como se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía...

Tan popular se hizo el comienzo de este romance — escribe Menéndez Pidal — cuando se trataba de señalar algún despiadado, que en el *Rinconete* de Cervantes, la Cariharta, enojada con Repolido, le llama "¡ese marinero de Tarpeya, ese tigre de Ocaña!"; es decir, que el primer verso del romance había cristalizado en un disparate semejante al otro que equivale al "tigre de Hircania".

Pues así nacen curiosas extravagancias en la toponimia gallega. El pueblo procura dar sentido a los nombres de poblaciones o lugares que a él llegan sin un significado asociable a las ideas y normas coetáneas y con una forma que fue claramente expresiva en otras épocas, pero ya es ininteligible.

De tal manera se ha llegado a denominar **Juan Rozo** y **Juan Roso** al lugar con que se nombra el arciprestazgo a que pertenecen las parroquias de Betanzos. **Gerontio** se designaba al lugar en la alta Edad Media, del nombre personal latino nada infrecuente entonces. Pasó en sucesiva evolución fonética por las formas **Jeronçio**, **Jenroçio**,

Jenroço, Generozo, Janrozo, que pueden seguirse perfectamente en los documentos, y, como Janrozo, pronunciado a la gallega **Xanrozo** pareciera junción de un nombre propio y un apellido, hízose **Xan Rozo** y se tradujo al castellano **Juan Rozo**, enorme dislate etimológico que en los nomenclátos civil y eclesiástico perdura.

Curioso es también el caso ocurrido con el apelativo de la parroquia de Santa María, de Betanzos. Se le llama **del Azogue**, y alguien, guiado por una falsa asociación lingüística, ha jurado que en los cimientos del templo existe una mina de cinabrio o un pozo de mercurio líquido. Lo cierto es que esta parroquia betancera estuvo en otros tiempos relacionada con influencias arábicas, todavía no perfectamente estudiadas. Aun en el siglo XVIII, el sacerdote que misaba en el altar mayor de la hermosa iglesia ponía los pies sobre una magnífica lápida de alabastro con inscripción sepulcral árabe del príncipe Abul Haschá Yusuf, hermano del rey de Granada Muley Hacem y tío de Boabdil, cuyo vaciado en yeso se guarda en nuestra Real Academia Provincial de Bellas Artes; y, en los siglos XVI y XVII, consta que recorría las rúas de Betanzos, el día del Corpus, la brillante procesión del **Juan Infante**, presidida por el remedo de un príncipe africano, a caballo de un camello, y que en ciertas casas de la parroquia, tributábanse diversos homenajes al exótico jinete. Frente al templo, desde que hay memoria, ha existido una plaza dedicada al tráfico y eso es el **azogue betancero**, como el **azougue** de Pastoriza, en la provincia de Lugo (no lejos del **alfoz**); el mercado público, el **as-suók, es-sok** o **açoc** árabe, el **zoco** marroquí, el **azogue** castellano y el **azougue** gallego. Y de ahí que, sin vestigios de mercurio, pueda llamarse **del Azogue** la iglesia de Santa María de la ciudad del Mandeo.

Otro típico ejemplo de etimología popular referida a la toponimia tenemoslo en el vigués **Monte de la Guía. Monte**

da **Águia** se llamó; pero, muertas o emigradas el ave rapaz y su descendencia, perdió su claridad etimológica el nombre, que se asoció en cambio, por lo ingente y dominador de la cumbre, al posible uso de ésta como atalaya y punto de orientación desde la mar. Y, de modo semejante, ha ocurrido con la **Pedra de la Guía**, próxima a nuestra ciudad, y en **Niño de la Guía**, castellanización absurda también que, por fortuna, se desmiente en la misma toponimia actual con la denominación **Niñodagua** aún conservada en el ayuntamiento orensano de Baltar.

Se ha supuesto la existencia de una **barrera**, valla o cercado, para explicar el nombre de la vía coruñesa que, cuando se llamaba, aún en el siglo XVIII, **rúa da Barreira**, señalaba la calle inmediata al **fangal** del playazo donde se varaban las embarcaciones de pesca castigadas con multa o pena de no salir en tantos días a la mar, por haber contravenido las ordenanzas del gremio. En Pontevedra seguía análoga costumbre y era igualmente denominado este lugar de penitencia.

Y en Santiago de Compostela, existe la breve calle **de los Brigades**, que fue antes de **Doña Brillares**, corrupción absurda, a su vez, del nombre originario: **rúa de don Abril Ares**.

Nada digamos del ya divulgado error de llamar calle de **Caballeros** a la que fue de **Alcabaleiros** y del **Torreiro** a la **del Turreiro**; ni de la **Haciadama** por **Acea da Maa**, ni del monte **dos Bicos** en que quiso fingirse una leyenda de amor, ni de tantos más ejemplos de error, por falsa etimología popular; pues habría que contar la historia de cada nombre y ello alargaría demasiado este ya de suyo grávido discurso.

* * *

Si consiguiéramos disponer del saber suficiente, encontraríamos claramente significativas todas las designacio-

nes de lugares a primera vista oscuras o desprovistas de sentido, ya que todas tuviéronlo diáfano un día, como hoy no precisan de interpretación los nombres con que bautizamos los pueblos nuevos.

Pero puede suceder — y es tan frecuente — que ascendamos desde el nombre actual, por el examen de los documentos y las grafías medievales, hasta una forma latina o latino-galaica de la Edad Media y no podamos seguir trazando el abolengo por falta de textos coordinantes. Aun acontece con frecuencia que no hallemos antecedente definido de un nombre actual en nuestros materiales históricos. En uno y otro de estos casos, ábrese el campo a la hipótesis; pero hemos de cuidar que la imaginación con sus afanes no domine al raciocinio en sus procedimientos: las leyes fonéticas habrán de guiar nuestros pasos, la comparación con otras voces de análoga contextura en nuestro idioma y la confrontación con palabras de idéntico sentido y supuesta evolución paralela en comarcas y en lenguas afines, nos inspirarán.

Y si aun así no obtuviéramos el resultado propuesto, ¿para qué echarnos en brazos de la fantasía? Preferible será entregarnos a la esperanza de que otros, mejor dotados o más favorecidos por la fortuna o el azar, lograrán, al fin, el anhelado éxito. ¿Qué importa quién lo consiga?

¡Magna empresa, sin embargo, la de reunir el saber bastante para identificar todos los toponímicos gallegos! Más asequible, y tantas veces más sugerente, es dejar correr la imaginación, con ayuda de cualquier diccionario, céltico, griego o latino, y lanzarse a buscar similitudes de forma que nos lleven a fantásticos y bellos resultados, a interpretaciones fáciles, evocadoras de pintorescas costumbres, de viejas creencias, de heroicas acciones, de encantadoras leyendas o terroríficos sucesos, aunque se atropellen las leyes filológicas, se repudien los fundamentos fonéticos

y se rompan muy a gusto, las normas de la evolución lingüística. Los hechos — dice Brarley — son por lo regular menos entretenidos que la fábula, y así las falsas etimologías resultan para la mayoría más atrayentes que las verdaderas.

Desechemos, no obstante, la sugestión del camino fácil y entremos por la vía, acaso áspera e ingrata, que nos conduzca a la verdad.

Partamos de la base de que todos los nombres propios — los que designan personas como los que sigularizan poblaciones, accidentes del terreno, mares o ríos — han sido en su origen significativos. Tengamos por sabido que, a la luz de la etimología, como afirma Godoy, se disipa esa distinción gramaticalmente establecida entre nombres comunes y nombres propios; que el adjetivo, la cualidad dominante, ha servido en principio para diferenciar a los hombres y a las cosas entre sus congéneres; que la sustantivación ulterior de estos adjetivos ha señalado el nacimiento de los nombres personales y que éstos, por desinencia posesiva, han dado forma y sentido a patronímicos, a apellidos familiares o de súbditos, a lugares pertenecientes a un dueño u ocupante; que no es raro en nuestra tierra, sin embargo, ver en nominativo y acusativo nombres de personas adscriptos a lugares.

Dejemos establecido que si muchísimos toponímicos trazan su descendencia desde el nombre del ocupante o el señor, otros tantos derivan de una característica geográfica, de un accidente de la topografía, de la flora típica, de la especie animal preponderante; y muchos otros, de una obra o monumento de suficiente importancia, de un santuario o campo sagrado, de una fortaleza, de un vestigio respetable e impresivo, de algo, en fin, que logró marcar huella, en un momento histórico, en la imaginación de las gentes más próximas en tiempo y en espacio

y que éstas, por tradición oral o escrita, legaron a generaciones sucesivas.

Sentemos la afirmación de que en Galicia, en la toponimia de Galicia, los vocablos de más rancio abolengo tienen su raíz o en una lengua ibérica afin al eúskera o en un dialecto céltico; pero que las más de las palabras recogidas en nuestro Nomenclátor presentan franco origen latino o segura ascendencia germánica; algunas, definido carácter arábigo; pocas, sabor helénico; otras, conocido parentesco francés; y bastantes, fuente castellana directa o trasmitida por influencia sobre el espíritu de los pobladores de nuestra región, a favor del dominio intenso y continuado, de la labor unificadora del centralismo secular e imponente, que ha llegado a castellanizar, a veces en ridículas formas, nombres de ciudades, villas y lugares, y, singularmente, los de vías y arrabales urbanos, más expuestos al choque y roce con la cultura y la lengua hoy llamadas españolas.

Y dediquémonos a la empresa de revisar cuantas inscripciones y documentos hallados en Galicia o referentes a Galicia, aparecen redactados en la lengua del Latio o en gallego, en la curiosa mixión latino-galaica que precedió a nuestro idioma literario y en la no menos bárbara aleación de gallego y castellano de los tiempos de nuestra decadencia lingüística y que han sido transcriptos por personas dignas de fe y publicados en libros, revistas y colecciones diplomáticas; a extraer directamente de inscripciones, pergaminos y papeles inéditos aquellas voces que caen dentro de este campo de trabajo, anotando cuidadosamente fechas exactas o aproximadas y procedencia de los datos.

Podremos lograr así un Índice que será base interesantísima de referencia para la interpretación de la toponimia de nuestro país: algo análogo a lo que ha hecho en Portugal Cortesao, con su **Onomástico medieval**, colec-

cionando en un libro, por orden de alfabeto, todos los nombres de persona y de lugar hallados en tumbos, diplomas, cartas forales, documentos diversos de la Edad Media, asignando a cada uno su fecha, escrita o conjeturada, y su carácter de vocablo geográfico, patronímico, apodo, nombre individual masculino o femenino.

Porque siempre que hayamos de consagrarnos a la tarea de identificar los toponímicos gallegos, necesitaremos averiguar la forma más antigua del nombre actual, referida al propio lugar, y cuantas grafías intermedias hayan quedado registradas a través de los tiempos, designando a la localidad en cuestión.

Acaso ocurra, procediendo así, que el toponímico que hoy usamos resulte trazado fácilmente, claramente, desde su origen — conociendo y aplicando las leyes fonéticas y morfológicas de nuestro idioma — y que la forma más antigua encontrada, o científicamente supuesta, señale una indubitable y saliente particularidad de la geografía natural o la geografía humana del lugar o la comarca, o indique un detalle fijo y comprobado de la historia del país. Nada nos resta que hacer en este caso; el problema está resuelto, la interpretación es evidentemente exacta.

Improba tarea es la de identificar los nombres de aborigen indígena. Poco conocidas, aun para los más doctos, las lenguas más antiguamente habladas en la Península y que quedaron oscurecidas, entremezcladas, vencidas u olvidadas a causa de la romanización del país, más fuerte de lo que algunos suponen, llevados en alas de romántico anhelo; sólo quedan, como tipos de referencia, de una parte la lengua vasca, en cuanto no esté influida por modernos y artificiosos manejos, de los que es preciso huir como del Diablo, y de otra las reconstituciones intentadas de los antiguos dialectos célticos, de los que se hallan muy distantes las perversiones lingüísticas hoy habladas en comarcas de Irlanda y Gales y Bretaña. Todo ha de

ser conjetura en este campo, porque ¿quién será capaz de asegurar qué lengua hablaron en nuestra región los constructores de nuestros dólmenes, los habitantes de las antiquísimas citanias, las gentes que fabricaron esas armas y utensilios pétreos y bronceos del período neolítico que van apareciendo en las remociones de nuestro subsuelo y que son las más remotas de que se tiene testimonio como pobladoras de este país?

Acaso podamos clasificar en el grupo de toponímicos descendientes de una primitiva lengua, del tipo ibérico, nombres de lugar de Galicia como **Charrua**, **Bazarra**, **Orra**, y **Orra**, **Urroa**, **Azcoito**, **Badarra** y **Chimparra**, **Combarro**, **Xorres**, **Chaburra**, **Carricoa**, **Curro**, en el sentido de terreno cercado para el ganado, y el híbrido **Currodegas** y quizás algunos de los terminados en **—oi —oy**, como **Bijoy**, **Albijoy**, **Picoy**.

Fácilmente trazables desde su origen céltico aparecen, entre otros, **Carneo**, **Ambroa**, **Carnoedo**, **Gallegos** y **Galegos**, **Cambra**, **Amproa**, quizás **Bretonia** y **Bretona**... y posiblemente el nombre de nuestra misma ciudad, la medieval **Grunia**, que pudiera derivarse del **groin** y **groyne**, expresivos de entrantes del mar y proyecciones de tierra como las características del perfil de nuestra costa y que en Irlanda perduran en toponímicos como **Cloyne**, **Ballycroneen Bay**, **Croom**, **Clonakilty**, **Ballycrenane Bay**, **Gromsport**, y en Bretaña en el **Gronin** de Cancale, y en el **Gronant** de Gales: **Groyne** se llamaba a la Coruña por los britanos en muchos documentos de la Edad Media.

También algunos de los nombres de nuestros ríos conservan traza de su abolengo céltico: **Avia** y **Eo**, entre otros, preséntanse con clara ascendencia.

De origen latino son innumerables los nombres de lugar en Galicia.

Los tenemos derivados de personales como **Abuín** (de Abolini), **Agustín** (de Augustini), **Albín** (de Albini), **Clodio**

y **Claudio-San** (de Claudius), **Constantin** (de Constantini), **Constanza** (de Constancia), **Comba-Santa** (de Columba), **Cibrán** y **San Cibrao** (de Ciprianus), **Chorente** (de Florentii), **Churio** (de Florino), **Chamin** (de Flamulini), **Chavin** (de Flavinii), **Dordiá** (de Dorothea) y su forma popular **Dordia**, con cambio de acento, que no es raro, como en **Figueiroá**, **Cabreiroá**; **Elviña** (de Elvinia), **Fiz**, **Fis** y **Fins** (de Felix, ac, Felice), **Olalla**, **Aya** y **Eulalia-Santa** (de Eulalia), **Gián** y **Giá**, **Jián**, **Jullán**, **San Julián** y **Santa Juliana** (de Julianus y su femenino, **Joane**, **Joaine**, **Juan**, **Juane**, **Joanin** y **Seoane** (de Johannes) y compuestos como **Moroanes**—**Moor Ianes**, antiguo nombre de **Moraima**, **Sotojuane**, **Juandagra**; **Marín**, **Puertomarín** (de Marinii); **Martín**, **Martín** de Arriba y de Abajo (de Martinii), **Martiñá** y **Martiñán** (de Martinianus); **Paderne** y **Maderne** y **Paderno** (de Paternus, Maternus); **Pedre**, **Pérez**, acaso **Pidre** y algún **Petra**, **Peralto**, etc. (de Petrus-i y su femenino); **Sadurnín** (de Saturnini); **Señorín** (de Seniorinus); **Estévez** (de Stephano **Esteboo Estebo**, **Estebe**). Aparte de lo que se reconocen en las advocaciones parroquiales o derivados de ellas, como **Sanjurjo**, **Santiso**, **Santiorjo**, **Santiago**, **Sanxiago**, etc.

Proceden otros de las formas de vegetación dominantes en el lugar y notables, ya por su abundancia o por su excelencia y calidad. Son tan numerosos los toponímicos de este origen que ellos solos constituyen evidente prueba del arraigo de la influencia latina en el país. No podrán atribuirse todos al período de la dominación romana, pues unos revelan mayor antigüedad que otros, confirmada en abundantes casos por los documentos en que son mencionados, y muchos han perdurado castellanizados, mientras algunos descubren su reciente origen. La identificación sorprende, a veces, por no existir actualmente ni en el lugar ni en la comarca la especie arbórea, el arbusto o la planta aludidos; pero hay que considerar que, en el nuestro como en los demás países, la riqueza vegetal se ha

transformado a través de los siglos, perdiéndose unas especies y apareciendo otras, en virtud de las variaciones edáficas y climáticas o por introducción de nuevos cultivos.

Por la gran profusión de esta clase de toponímicos, citaremos solamente algunos de los que se le olvidaron al P. Sarmiento en la curiosa lista de su Onomástico:

Alleira, Allo, Allones (de *Alium*); **Ameá, Ameal, Amial, Amear, Ameás; Amedo, Amieiro, Amieira, Ameerolongo, Ameneiro, Amenal**, y alguna otra variante (de un antiguo *amea*, (lat.-*amoena*) sobreentendido *arbo*s (según la acertada interpretación de Nunes); **Borborás** (de *Abóbora*); **Bacelo, Bacelar** (de *Bacillum*); **Cañas, Cañás, Canedo, Canido, Caneiro, Cañiza** (de *Cana* y *canetum*); **Culler** (*Fonte*) y **Culleredo** (de *Coeclaria*); **Canabal, Canabás** (de *cannabis*); **Centeais, Centeás, Centeal, Centeanes** (de *centenum*); **Codeso, Codesos, Codesoso, Codesedo, Codeseda, Codesido, Codesal, Codesales, Codesás, Codesedas** (de *cytissus cutissus*); **Cidras, Cedrón y Cerdedo, Cerdedelo, Cerdediño, Cerdido, Cerdal** (de *Citrea*); **Cortizada, Cortegada, Cortegazas** (de *cortex corticia*); **Fabal, Fabás, Fabeiro, Fabeiros, Fabeira** (de *faba*); **Fión, Fiunchal** (de *foeniculum fenuclum*). Además de los **Fenteyra, Fentosa, Fental, Fentans**, que el sabio benedictino incluye, sin atribución de origen, hay que añadir **Fieital, Fieitoso, Felgosa, Fentanes** y otros igualmente derivados del latín *filictum*, de *filix=fento, fieito*. El latín *Fraxinus* ha dado nuestros **Freixe, Freixal, Freixedo y Freixido y Freixide, Freixendo, Freixis, Freixoal, Freixoso y Frexe**, aparte de los **Freixo y Freixeiro** que Sarmiento cita. Como el *hedera* (lat.) produjo, además de **Hedrosa y Hedrada, Edra, Edrado, Edreira y Edreiras, Hedroso**, entre otros; y el *hordeum*=orjo, permanece en muchos nombres de lugar como **Oreo, Orgo, Orga, Urgal, Orjas, Orjais, Orjal, Orjeiro**.

Numerosos son también los descendientes del *laurus* latino; y nos complacemos en mencionar solamente el

nombre del lugar y del río **Lor**, coincidiendo con el juicio del "gran gallego". Tampoco tenemos motivos para rechazar la hipótesis que nos sugiere el nombre del río vivariense, cuyo origen puede normalmente encontrarse en el **larandrum**, latino (rhododendron, griego), orientándose por cierto estudio de Leite de Vasconcelos acerca de análogos nombres lusitanos. **Vimin-ancius**, del vimen latino, es el abolengo de **Vimianzo**; y, probablemente, **Viti-ancius** será el de **Betanzos**, que nunca podría derivarse de **Bri-gantium**, como se ha pretendido.

No nos extenderemos más en este aspecto, porque resultaría cansado y fuera de ocasión.

La contribución de la **fauna** a la toponimia gallega es también abundantísima; en su inmensa mayoría son de origen latino los nombres de lugar de Galicia que derivan de los animales numerosos o excelentes en una comarca, o de un solo individuo de una especie destacado por cualquier circunstancia que lo singularizase ante los habitantes del país.

El P. Sarmiento formó una lista que excede de un centenar de nombres. Para Portugal, ha ensayado Nunes la identificación de otros muchos. La relación de todos los de Galicia que tenemos recogidos irá en trabajo aparte, que estamos preparando; pero como muestra, citaremos unos cuantos: El **cuniculus** está reflejado en nuestros **Coello**, **Coelleira**; el **corvus**, en nuestros **Corbeira**, **Corbeiras**, **Corbite**, **Corbelle**, **Curbeiros**, etc.; el **lupus**, en los **Lobás**, **Lobariñas**, **Lobeiras**; el **lepus** (leporario), en **Laboreiro**; el **cervus**, en **Cervantes** y quizás en **Cebreiro**; **vulpes** y **vulpecula**, en **Golpe**, **Golpellás**, **Gulpilleira** y **Gulpilleiras**; la **capra** y sus afines y derivados, en **Cabra**, **Cabirta**, **Cabritiña**, **Cabreiros**, **Cabreiras**, **Cabreiroá**, **Cabrois** y acaso **Carboeiro**, por metátesis **Cabroneiro**; **Abellas**, **Abelleira-s**, **Abilleira**, **Abelleiroá**, representan al **apis** (apicula abeya); **Pombeiro**, a la **Palumba** (palumbario); **Touro** al **Taurus**; **Moucho**, al

mutilus; **Cruxeiras**, **Curuxeiras** y demás variantes y derivados de **Curuxa**, a la **corusca**; etc., etc.; sin que falten compuestos como **Boymorto**, etc.

Otros toponímicos de origen latino son puramente topográficos: **Monte**, **Montouto**, **Fontiña**, **Pedra**, **Padrón**, **Pedrouzos**, **Valdoviño**; a veces forman compuestos híbridos: **Ribadavia**, **Ribadeo**; se refieren en ocasiones a obras realizadas por el hombre, **Casa**, **Casal**, **Casares**, **Vilar**, **Villa**, **Ciudad**, **Cividade**, **Ciadela** y **Ciadela** y **Cidadella**. Y en este grupo habrá que incluir los terminados en **obre=opere**, en casi todos los cuales aparece en el primer miembro del compuesto un nombre personal: **Pantiñobre** (Pantini), **Callobre** (Calii), **Sansobre** (Sancii), **Canzobre** (Cancii), **Sillobre** (Sillii), nombre personal que aparece confirmado en la misma toponimia del país: **Pantín**, (Valdoviño), **Calo** (Vimianzo), **Cances** (Carballo), **Cancio** (Fonsagrada) **Sio** (Incio). Disentimos, como se ve, de los que han señalado abolengo céltico a estos nombres gallegos.

* * *

No son abundantes los toponímicos de origen árabe en nuestro suelo. Sin embargo, algunos existen bien caracterizados; no obstante aquella atrevida información del P. Sarmiento: "Tiene la lengua gallega tan inveterada su nobleza y pureza, que no se ha emporcado con voces moriscas". Se maravillaría el simpático fraile, tan culto como desenfadado, si comprobase lo que hoy es indudable, que tanto la lengua, como la arquitectura, la escultura, la música y otras manifestaciones de la civilización de nuestro pueblo, ofrecen influencias curiosísimas de origen musulmán.

Puede ser dudosa la atribución del **Albarán** de Jove (Lugo); pero el toponímico **Alfándiga** (Pantón-Lugo) no puede derivar sino del árabe **al-fándega**; ni el **Azougue** de Pastoriza (Lugo) sino del **acoc**; ni el **Alfoz** del mismo

municipio podrá significar más que el arrabal árabe; ni la **Almuiña** de Taboada (Lugo) será jamás otra cosa que traducción del **al-muniya**, granja o huerto de los árabes; ni la **Almozara**, de Santa Comba sino la **almuzara**, lugar de paseo o recreo y lo mismo la **Almuzara** de Boborás (Orense); ni la **Algara** de Carballo es otra cosa que el **Algar**=cueva, hondonada; y **Albaida**, **Almuite**, **Arrabalde** y **Arrabaldo**, **Albarellos**, **Zaide**, **Ceide**, **Alcouce**, **Alcóucer**, y otros más presentan su clara relación con la lengua arábica que les dio vida en nuestra toponimia.

* * *

Tenemos, como va indicado, numerosos nombres de lugar en Galicia de indudable tipo **germánico**. ¿Cuál es su procedencia? Unos la traen de la influencia ejercida en nuestro país por dominadores romanos, ya contaminados de la relación con los pueblos bárbaros fronterizos del Imperio, antes de la invasión; el origen de otros hay que atribuirlo a aquellos tiempos (409-585 de J. C.) de la parcial, pero dura, sojuzgación del suelo gallego por vándalos y suevos, período glorioso y magnífico de nuestra historia para ciertos escritores que han forjado y aplicado a Galicia el mote de "la dulce y poética Suevia"; algunos fueron importados por gentes de otras regiones españolas, sometidas a la monarquía visigoda, y que aquí vinieron en tratos de paz o en bélicas empresas, mientras el furor suevo depredaba buena parte de nuestra tierra; muchos, del período que se abre con la sumisión de Galicia a Leovigildo, en 585, el de la influencia visigótica, más o menos romanizada, sobre la que reaccionan en nuestro país los elementos autóctonos supervivientes, las impresiones que en éstos dejaron aportaciones extranjeras anteriores, y, especialmente, la fuerza poderosa de la latinización creada por la dominación romana, intensificada por la misma adaptación visigótica, y, más tarde, por las

influencias francesas de la época de Gelmírez y sus antecesores y sucesores inmediatos.

Así nacen profusión de nombres de lugar germánicos, impuestos por el dueño o señor que conquista o adquiere; por la nacionalidad del núcleo de gentes que se estaciona en una comarca, por los mismos residentes indígenas, más o menos tocados de diversas influencias anteriores y coetáneas, para designar la localidad, la villa, el palacio, la tierra, el castillo en que aposentaba el jefe o personaje que les sugería un nombre o transformaba el antiguo.

No se ha hecho en Galicia un estudio metódico y fundamentado de lo que debe nuestra toponimia a estas aportaciones de tipo germánico, puro o mezclado. A muchas se les ha atribuido carácter céltico; a otras, origen netamente latino, cuando no se ha ido a buscar en dialectos helénicos fantásticas procedencias. Fuera de las escasas e incidentales contribuciones que constan por nota, la bibliografía gallega es casi nula en éste, como en otros sectores de la investigación lingüística.

En el resto de España y en Portugal se han realizado interesantes ensayos, algunos muy dignos de aprecio y varias publicaciones alemanas, inglesas y francesas, arrojan luz sobre el asunto, aunque tampoco se hayan dedicado sus autores a estudiar particularmente la toponimia galaica.

Saldríamos de los límites que forzosamente ha de tener este discurso, si hubiéramos de reseñar en su texto los centenares de nombres de lugar existentes en Galicia y cuya identificación con un origen germánico tenemos averiguada. Desenvolvimientos más amplios que hemos de dar a este trabajo comprenderán la lista de esos y otros toponímicos. Pero séanos permitido, aún abusando de vuestra atención y a trueque de molestarla aún más con secas arideces, citar algunos ejemplos.

Sabido es que la voz latina *Ecclesia* ha dado nacimiento en todos los países de lengua romance a numerosos toponímicos. En Galicia, ha producido, en diversas épocas, formas de nombres de lugar como **Igrixa**, **Grixa**, **Irexe**, **Eirexa**, **Eirixa**, **Eirixe**; **Airexe**, con anexión del artículo, quizás por haberse perdido la conciencia del significado del sustantivo; compuestos como **Eirexalba**, y castellanismos como **Igresia**, **Iglesia**, **Iglesario**; nombres que se confirman por los diminutivos descendientes del latín *Ecclesiola*: **Igrixoa**, **Grixoa**, **Irixoa** y **Eirexúa** (Villaodrid) a la manera de **Figueirúa**, **Folgueirúa**, que destacan en algunas comarcas, particularmente al Este de la provincia de Lugo.

Podría creerse que **Eiris** y **Eiré** tuvieran la misma ascendencia; pero falta en estos toponímicos el sonido palatal, tan difícil de perder en nuestro idioma, y, por otra parte, topamos tanto en Galicia como en el norte de Portugal, con las formas **Eirici**, **Eirizi**, **Eiriz**, en los siglos XI y XII, y, en la actualidad, coexisten en nuestra tierra los toponímicos **Eiriz** y **Eiris**, ambos una sola y única evolución del genitivo *Eiricii* del nombre personal masculino germánico *Eiricus*. Tal es la procedencia de los nombres de los dos lugares (**Eiris de Arriba y de Abajo**), situados a las puertas de nuestra ciudad.

En general, puede afirmarse que la mayoría de los toponímicos gallegos, muy numerosos, con final en **—riz**, y con frecuencia **—ris**, en que aquélla se transformó, derivan de personales germánicos terminados en **—rigus** y **—ricus**, con genitivo en **—ricii**. Véanse algunos, cuya evolución está comprobada documentalmente: **Allariz**, de *Alaricus*; **Anxeriz**, de *Ansericus*; **Brandariz**, de *Blandericus*; **Espariz**, **Esparis**, de *Espanaricus*; **Gondoriz**, **Gonduriz** y **Conturiz**, así como **Gondrid** en **Villagondrid**, de *Guntericus*; **Guitriz**, **Guitriz** y **Vitiriz**, de *Witericus*; **Tuiriz**, de *Teodericus*.

Respecto a **Eiré**, nombre de la actual parroquia de San Julián y del antiguo monasterio de San Miguel, en el

ayuntamiento de Pantón (Lugo), en cuyo templo románico hermosísimo se conserva un bello ajimez de un edificio del siglo décimo, no cabe relacionar tampoco su nombre con el *ecclesia latino* y el *eirexa gallego*. Allí existió la villa de un *Ageredus*, que, con la iglesia antigua de San Julián, se cita en el testamento del obispo Odoario (siglo VIII); villa *Agerediiera* su nombre originario, y *Agerey* se denominaba al lugar del monasterio en el siglo XII: una nueva evolución dio *Airey* y el cambio del diptongo *ai* en *ei*, tan frecuente, y la pérdida de la *i* final átona, fenómeno también vulgar, transformaron el nombre en el presente *Eiré*.

Los nombres de lugar gallegos terminados en *—ulfe* y sus variantes *—unfe*, *—ufe*, *—olfe* y *—ofe* proceden de nombres personales masculinos de abolengo germánico con final en *—ulfus* (=lobo *wulfus*) y genitivo en *—i*. Desde *Ajulfe* a *Vistrulfe* se reconoce una serie numerosa que en su evolución han sufrido transformación escasa: *Frejulfe*, *Maunfe*, *Nandulfe*, *Randolfe*; *Randulfe*; *Regulfe* y *Rejulfe* y *Raúlfe Sandolfe*, *Trastulfe* y *Trasulfe*, etc., plenamente identificados.

Así los en *—re* con la variante en *—é* (a que pertenece el caso de *Eiré* citado), descienden también de nombres de persona masculinos visigodos y suevos cuyo nominativo termina en *—redus*: de *Alderedus -i*, *Aldrey*; de *Leoveredus -i*, *Leborey* y *Leboré*; de *Recaredus -i*, *Recarey* y quizás *Requerez* (Orol); de *Segeredus -i*, *Sigirey*, etc.

De *Vimaredi* o *Wimaredi* hízose *Guimarey* y acaso *Gemaré*; de *Vilifredii*, *Guilfrey*; de *Viliatii*, *Guillade* y *Guilliade*; de *Wiliamiri*, *Guillamil*; de *Wimaranis* o *Vimeraniis*, *Guimaranes*, *Guimaráns* y *Guimarás*, según las comarcas.

Pudiéramos seguir ofreciendo muestras de toponímicos gallegos derivados de nombres de personas germánicos *—godos*, *suevos*, *vándalos*—entre los que se comprenderían centenares formados de dos miembros terminados en *—mil* y *—mir*; en *—ilde*, *—gilde*, *—il*; en *—ide*, *—ite* e *—ites*;

en **—ande**; **—sende** y **—sinde**; en **—ar**, **—mar** y aun muchos de los en **—eiro**; en **alde**, **—ade** y **—a**, **—as** y **—ans**; en **—gunde**, **—gondo** y sus variantes; en **—munde**, **—mundi**, **—monde**, abundantes también; algunos de los en **—in** e **—ins**; en **—engo**, **—fonje**, etc.

Entre los personales germánicos constituidos por un solo miembro significativo, reconocemos en nuestra toponimia a **Mirón**, **Fafián**, **Requián**, **Froja** y **Froján**; **Adá** y **Atán**, que recuerdan la declinación de los nombres de varón en **—a**, dando en el genitivo **—anis**, **—ani** y **—ae**; **Gude** y **Goda**; **Gonda** y **Gondes**; **Rande**, **Sande**, **Sinde** y acaso **Bertón**, entre otros.

Mencionaremos aún los derivados de característicos femeninos personales en **—illi**: **Espailde** (de *Esparagildis*, *Esparilli*) y lo mismo **Esparrelle**; **Mourelle** y **Mourille** (de *Mourilli*); **Seselle** (de *Sisilli*); **Gundille**, **Gontelle** (de *Guntillo*) y sus análogos.

Adviértase que un gran número de toponímicos de abolengo germánico, como otros de raíz latina, llevaban y todavía conservan antepuesto al nombre del dueño u ocupante, voces de carácter geográfico generalmente de tipo romano, tales como **casa—**, **castrum—**, **saltus—** (**sauto-souto**), **pena—**, **vicus—**, **Villa—**, etc. Así subsisten **Cas-Alvito**, **Cas-d-Oucende**, **Sotomerille**, **Penarramil**, **Villaguilulfe**, **Villacote**, **Villa-estrofe**, **Villa-gocende**, **Villar-frugilde**, **Villar-fonge**, **Villa-gilde**, **Vilamiron**, **Villarmende**, etc., determinativas de la propiedad o posesión del sujeto conjuntamente con su nombre personal.

Si lográsemos dar por vencida nuestra labor investigadora, si consiguiéramos tener sometido el nomenclátor al triunfo final de nuestras interpretaciones, podríamos cómodamente asignar a cada una de las fuentes de la toponimia gallega el grado de influencia ejercida, la medida del caudal aportado, el porcentaje que le corresponde en

la formación de la nomenclatura geográfica en las diversas comarcas de Galicia.

Tememos, sin embargo, que ello no es tarea de un solo hombre, ni de por vida consagrado a la empresa. Labor de Academia, de Seminario, de Instituto, atañe el completarla a aquel de estos Centros, fundado y sostenido en Galicia, que reuna — venciendo particularismos que cada día desmienten la verdad del espíritu regional, diversifican esfuerzos y reafirman la intensidad de los sentimientos localistas —, las colaboraciones entusiastas de todos los factores de la moderna cultura gallega.

Aquel formidable beneditino que mereció el título de “el gran gállego”, enemigo de las Academias, que repugnaba el trabajo en común y afirmaba: “Soy como el más rústico aldeano, que no ve gente ni habla con ella sino en los días de fiesta cuando viene a oír misa; con esto justifico que la compañía no ha de bajar de tres, como las Gracias, ni ha de subir de nueve, como las Musas. No necesito de más numerosa cofradía para vivir racionalmente... Cada uno estudie lo que más fuere de su genio o capacidad, que yo también hago lo mismo; para esto, ni yo necesito meterme con muchos, ni que muchos se metan conmigo...”; el famoso Fray Martín Sarmiento, que, en una de sus más interesantes producciones, creó el notable tipo de **Aletophilo, Veritatis Amator**, al que aconsejaba la inmensa y múltiple tarea, por el propio Sarmiento iniciada, de recoger en viajes por Galicia todo lo que a la vida y la historia de la región fuese pertinente, valiéndose del exclusivo esfuerzo personal; confiesa al llegar a un punto del programa propuesto al joven *amateur* gallego: “No me opongo a que en Galicia haya una docena de **Aletophilos** esparcidos o que unidos en alguna parte, como en Academia, trabajen sobre unos mismos principios y al mismo fin.”

Por cuanto la sagaz intuición del genial berciano, la

voluntad poderosa del fecundísimo polígrafo se conformaban con la imposición de la realidad cuando, al referirse a cosas de Galicia, las más aceptas a su corazón de pontevedrés adoptivo y fervoroso, consciente de su propia incapacidad para dar cima a la enorme empresa, transigía con la combatida Academia, a trueque de que la reunión de inteligencias y labor sirviese a la mayor gloria y conocimiento de nuestra tierra.

Tal ejemplo nos inspira y estimula; es el que nos ha impulsado a traer nuestro tema, con un grano de arena para la obra, al seno de esta Real Corporación, a la que amamos y proclamamos necesaria y merecedora de todas las colaboraciones y entusiasmos. Sabedores de la modestia de nuestros personales méritos, requerimos conjuntarlos con los superiorísimos vuestros, con los de todos aquellos que deseen aportarnos valiosos elementos y magistrales orientaciones, en bien de la cultura regional y para enaltecimiento de la obra académica.

* * *

Y termino, señores: permitid que lo haga dedicando un recuerdo de filial gratitud a quien desde la fundación de esta Academia, tarea en que algunos de vosotros participasteis, puso en ella sus esperanzas del resurgir cultural de Galicia, y por ella laboró con tanta fe y entusiasmo como el más fervoroso gallego; a quien hoy hubiera sentido halagada la vanidad paterna presenciando como los doctos miembros de esta Corporación me acogen generosamente, sin duda creyendo descubrir en el hijo un reflejo, siquiera débil y vacilante, del saber y la cultura y de la fuerte voluntad por servir a este país que en sus días el padre atesorara.

Señores académicos:

Señores:

Más que para cumplir rigurosa y exactamente un precepto protocolario establecido por el reglamento de este

CONTESTACION

al discurso de recepción de

don FERNANDO MARTINEZ MORAS

en la Real Academia Gallega,

por don ELADIO RODRIGUEZ GONZALEZ

Porque el nuevo Académico viene para mí — personalísimamente este destino personal — por encima de sus cualidades de escritor lírico y de historiógrafo doctrinal, de su claro entendimiento y de sus serenos juicios; de sus altas dotes intelectuales y de sus lucubraciones estudiosas, que parecen sólo reservadas a los hombres de edad avanzada, la virtud, la fuerza, la potencia de hacerme evocar sus emociones y agradecerle el nombre honorífico de don Antonio Martínez Salazar, otorgado de merecedor y gallardo de consejo y de alma, que en la sabiduría personalista y en la abnegación hecha carne, que ha

CONTESTACION

al discurso de recepción de

don FERNANDO MARTINEZ MORAS

en la Real Academia Gallega.

por don ELADIO RODRIGUEZ GONZALEZ

Señores académicos:

Señores:

Más que para cumplir rígida y escuetamente un precepto protocolario establecido por el reglamento de nuestra Institución, quisiera que mis palabras respondiesen de modo cumplido, en este instante solemne, a un sentimiento íntimo, afectivo y fraternal, para dar la bienvenida más entusiasta y más cordialmente expresiva a nuestro nuevo compañero don Fernando Martínez Morás. Quisiera despojarme por unos instantes de la representación oficial que tanto me honra y que tan inmerecidamente ostento, para que mi voz vibrase al unísono de los latidos de mi corazón, y se desbordase en raudales de vehemencia, y se enardeciese en fogosidades de efusión expansiva, y se inflamase en las fogaradas vivas de complacencia honda y de satisfacción sincera que arden en mi alma.

Porque el nuevo Académico tiene para mí — permitidme este desahogo personal — por encima de sus cualidades de escritor ilustre y de historiógrafo doctísimo, de su claro entendimiento y de sus serenos juicios, de sus altas dotes intelectuales y de sus lucubraciones estudiosas, que parecen sólo reservadas a los hombres de edad proveecta, la virtud, la fuerza, la potestad de hacerme evocar con emoción y agradecimiento el nombre inolvidable de don Antonio Martínez Salazar, astorgano de nacimiento y gallego de corazón y de alma; que era la sabiduría personificada y era la abnegación hecha carne; que fue

gala y ornamento de nuestra región y de nuestra Real Academia; y para cuya memoria guardo yo en el obscuro santuario de mis grandes veneraciones el culto perenne de mi gratitud y la oración cotidiana de mi recuerdo, porque él tuvo la generosidad — y aun no sé bien si la debilidad o la equivocación — de armarme caballero para que saliese quijotesicamente por esos campos ubérrimos y floridos de la literatura gallega, con unas pobres **Folerpas** invernales que por ahí anduvieron y aun andan, más para mal que para bien de nuestra lozanísima poesía.

No ya por ser hijo de quien es, sino por ser él quien es, Fernando Martínez Morás cuenta con los afectos, las simpatías y la admiración de cuantos sabemos de su valimiento, contrastado en obras de empeño premiadas en públicos certámenes, y corroborado a diario obscuramente, pero eficazmente, en las columnas de **La Voz de Galicia** y de otros periódicos y revistas, pues el nuevo académico pertenece a la familia periodística coruñesa, y forma parte de ese conjunto de fuerzas anónimas, todavía no bien comprendido ni apreciado en su alta significación social, que exige a cuantos lo constituyen el sacrificio espontáneo de la propia voluntad y aun de las propias conveniencias, en aras del bien común, para que sea, como es, sacerdocio austero dedicado al interés colectivo, y religión severa que requiere ante todo la renunciación completa de todo egoísmo.

En la prensa coruñesa, modelo de abnegación, escuela de altruismo y fragua donde se funden los espíritus y se moldean las inteligencias, el señor Martínez Morás ocupa lugar preeminente por legítimos títulos, que le llevaron a realizar como presidente una labor fecunda, merced a felices iniciativas. Periodista yo de los más insignificantes, quiero ante todo hacer constar que no es el compañerismo exagerado, convertido en sociedad de elogios mu-

tuos, como vulgarmente suele decirse, el que dicta estas alabanzas. Los periodistas sabemos encomiar y encumbrar a los demás, y aun tenemos audacia, a veces, para hacer figuras relevantes de muchas medianías; pero nos faltan en cambio arrestos y fuerzas y hasta habilidad para empingorotar a los nuestros, como si temiésemos que esas exaltaciones de simpática camaradería se creyesen debidas sólo a una razón de hermandad, que en todo caso sería noble e hidalga. Acaso constituya yo en esto una excepción, por el trato de favor que siempre encontré en la ilimitada bondad de mis compañeros de profesión periodística. Y pues la casualidad me depara ahora ocasión propicia, quede aquí expresado mi reconocimiento a tan caballeroso proceder y a tan benévola conducta para conmigo.

El señor Martínez Morás no precisa de la benevolencia de nadie para ser juzgado como preclaro publicista. Ni siquiera precisa que yo detalle su labor como uno de los fundadores y presidentes de aquella malograda Universidad Popular que tantos y tan útiles beneficios y adoctrinamientos reportó a las clases modestas de La Coruña, afanosas de aumentar prácticamente el caudal de su saber; ni menos hace falta que se recuerden sus estudios de pensionado por el Estado español en las Universidades de Londres y de Oxford y en otros centros británicos, que fueron causa de que las conclusiones de la Memoria presentada a su regreso se aprobasen por un tribunal especial y se publicasen de Real Orden; ni tampoco necesita que se pondere la divulgadora labor de cultura que realizó en conferencias notables, dadas en varios centros sobre asuntos de historia, literatura y arte; ni por último es menester que se mencionen los interesantes y documentados escritos que dedicó a esclarecer puntos oscuros de nuestro glorioso pasado y a desarrollar trascendentales temas sociológicos.

Quando apenas pasaba de los 20 años, edad que muchos dedican a entregarse a las naturales expansiones juveniles, él obtenía en un memorable certamen histórico de Santiago dos señalados triunfos, capaces por sí solos de halagar a los ya consagrados en cuestiones históricas, pues allí le fueron premiadas sus monografías **Las alarmas de Galicia** y la **Junta Superior de armamento y defensa del Reino de Galicia y la primera Diputación provincial, única del Reino**. Y es que el señor Martínez Morás, que parece haber heredado de su ilustre padre el amor a los libros y a los hechos más salientes de nuestra historia, juntamente con el amor silencioso y férvido a la tierra gallega, nació para vivir consagrado en la santidad de su hogar a la investigación y al escudriñamiento de cuanto puede contribuir a la glorificación de nuestro país y de nuestra raza, que ayer como hoy ha sabido llevar a cabo las más grandes y las más heroicas y temerarias empresas, dignas de ser esculpidas en áureos caracteres, como hazañas que renuevan el viejo sabor de las viejas leyendas.

Por eso mismo ha sido encargado por nuestra Real Academia de llevar a cabo la edición del libro de Albeitería, de Jordán Rubio de Calabria, mariscal del emperador Federico II, código gallego del siglo XV que fue transcrito por el insigne don Andrés Martínez Salazar, de grata memoria para nuestra Corporación.

Los que conozcáis a don Fernando Martínez Morás habréis advertido, a poco observadores que seáis, que no es hombre de la calle ni es hombre de tertulias. Dedicado a su cátedra de la Escuela Profesional de Comercio, de esta capital, que ganó en reñida oposición, y sabedor de que el tiempo es oro y hay que aprovecharlo, puede decirse que su cátedra, su periódico y sus estudios son sus distracciones favoritas y casi únicas. Así, desde los primeros años de su juventud, viene pacientemente, calladamente, provechosamente, enfrascado en trabajos de gran

trascendencia y de verdadera necesidad para Galicia. No es la que realiza obra de relumbrón, simplemente imaginativa o ingeniosa; es labor sesuda, de madurez, de enjundia, de poco lucimiento acaso para la vulgaridad, pero de utilidad positiva para nuestra condición de pueblo apto y capacitado que quiere ocupar dignamente el puesto que le corresponde al lado de los más adelantados pueblos modernos.

Juzgad por esto si el señor Martínez Morás no tiene sobrado derecho para entrar en la Real Academia Gallega con todos los honores y con todas las preeminencias debidas a su alta mentalidad; y juzgad también por ello si no está llamado a dar nuevos prestigios a nuestra Institución con los sazonados frutos de sus desvelos y de su colaboración sapiente y doctísima.

* * *

Tema de importancia suma para Galicia es el que ha elegido para esbozar en este acto. El por sí solo basta para poner de relieve lo versadísimo que está nuestro compañero en filología y en idiomas, como en otras disciplinas científicas, lamentablemente abandonadas, ya que no desconocidas, en nuestro país. Acabáis de oír su documentadísima disertación, con la complacencia con que se oye siempre lo que deleita y lo que instruye, lo que cautiva y lo que ilustra, porque el señor Martínez Morás tiene el extraordinario don de saber hermanar la aridez de lo erudito con la jugosidad de lo ameno, por la riqueza de su léxico y lo exquisito de su dicción, y eso hace que sus afirmaciones, sus juicios y hasta sus deducciones clarividentes, así como entran en todos los oídos, penetren también en todos los entendimientos, para iluminarlos.

No he de incurrir en la pedantesca temeridad de glosar siquiera lo dicho por mi compañero, en lo que entraña de científico por su aspecto filológico y lingüístico, por-

que ello es tarea superior a mis limitadísimas facultades. Sería insensato que la pluma que sólo sabe moverse a impulsos subjetivos, de simple imaginación, osase penetrar a roso y veloso en terrenos que están exclusivamente reservados a los eruditos, a los doctos, a los sabios, a los que han adiestrado y doctrinado sus inteligencias en las aulas universitarias o en los centros de enseñanza profesional. Para los demás, para los profanos, para los que no poseemos autoridad científica, quédanos el placer de solazarnos con las producciones de estos hombres, por muchos títulos ilustres y admirables, que tienen la suprema virtud de inquirir y saber aclarar aquello que parece más abstruso e incomprensible.

* * *

¡La toponimia gallega! Como quien dice, el alma de las cosas; la luz que desvanece muchas sombras y aclara muchos misterios; la fuente de donde manan abundosas, limpias, transparentes e inteligibles, las palabras que aparecen obscuras e inexpresivas; la base fundamental de gran número de vocablos exclusivos de Galicia; la razón de ser millares de nombres que en nuestro país existen, y cuya procedencia y significación verdadera se ignora.... ¿Comprendéis lo que esto representa y lo que esto vale?

Ardua labor es la que ha emprendido nuestro camarada señor Martínez Morás; pero por lo mismo que es árdua y de una dificultad sólo comparable a su extraordinaria importancia, no debe cejar en el empeño hasta darle cima, para que nuestra región cuente al fin con un completo vocabulario toponímico, tan indispensable a la cultura gallega. Y si los ruegos amistosos pudieran animarle y decidirle a ello, para que deje de ser proyecto la promesa formal que en su interesante y notabilísimo discurso acaba de hacer, quede aquí el ruego formulado pública y solemnemente, con toda solicitud y con el mayor de los enca-

recimientos. Ya sé que la voluntad y los entusiasmos no le faltan a nuestro dignísimo compañero, como no le falta tampoco ninguna de las condiciones que para empresa tan magna se requieren y son indispensables; y como de esto estamos persuadidos todos, yo me permito hacer sonar unos aldabonazos de estímulo en la puerta que da acceso al aposento de su tenacidad y de su constancia, a fin de conseguir lo que él primero que nadie debe tener empeño en llevar a feliz término, sin pensar por anticipado en los inconvenientes, que es la mejor manera de llegar al éxito.

Contamos con obras y estudios muy notables de diversos géneros. La historia ofreció campo vastísimo e inagotable a los que a esa rama de los humanos conocimientos se dedicaron y se dedican; la arqueología y la prehistoria tienen entre nosotros documentados y prestigiosos cultivadores; la geografía descriptiva hállase en un período de consoladora realidad; el derecho consuetudinario y todas las manifestaciones del saber popular que forman nuestro riquísimo folklore, como creencias, tradiciones, mitología, costumbres, supersticiones, etc., han sido cuidadosamente estudiados; nuestro teatro regional en sus varios aspectos ha llegado en verso y prosa a un grado de perfección casi completa; la gramática presenta estudios de gran valor, muy estimables y meritorios; nuestra novela está en iniciación fecunda que ofrece acertados atisbos; la poesía gallega — el alma de la tierra y el alma de la raza — alcanza tal florecimiento y tal esplendor a la hora presente, que ninguna otra región de España puede en esto superar, ni siquiera igualar, a Galicia; la flora y la fauna han dado margen a libros de innegable interés; el arte pictórico y el arte estatuario de nuestra tierra triunfan avasalladoramente en los palenques artísticos de Madrid, entre explosiones de unánime admiración; la música de nuestros campos, unas veces dulce y sentimental, y otras veces alegre y cascabelera, es aplaudida con frenético entusiasmo fuera del país, merced a la patriótica labor de difusión

que nuestros coros realizan; el copiosísimo caudal de nuestro léxico, tan eufónico y tan variado, con la inacabable riqueza de giros, matices y modismos peculiares de nuestra región, está dispuesto para salir a luz en anhelados diccionarios...

Y ahora viene el verbo doctísimo del señor Martínez Morás a brindarnos lo que tan urgente nos es, el estudio que nos faltaba, la obra cumbre que más ha de redimirnos de extrañas ingerencias, lo que más ha de contribuir a la reivindicación de nuestros fueros lingüísticos, de rancio abolengo patrimonial: la sabrosa fruta que la madurez de sus juicios ha logrado ir sazonzando a fuerza de penetrar en la entraña de los vocablos, para descubrir la verdadera significación de la múltiple y variadísima toponimia de Galicia.

Gracias a esta labor dignificadora, se acabarán las profanaciones que se cometieron con muchísimos nombres de lugares, pueblos y aldeas de nuestra tierra, y aun con gran número de nombres de calles y poblados de nuestras ciudades. La Coruña misma no se ha librado de este torpe descoyuntamiento de algunas de sus legítimas voces gallegas, que han sido deplorablemente desfiguradas en su primitivo y propio sentido al hacerlas pasar por el burdo tamiz de una inculta traducción. Así se da el caso anómalo de que se titule hoy pomposamente calle de **Caballeros** la antigua **rúa dos alcabaleiros**, donde antes existía la recaudación de las alcabalas, a la entrada de nuestra capital, y donde siguen cobrándose todavía los arbitrios municipales; y así veréis que muchos cultiparlistas, enemigos de todo lo que es gallego, llaman enfáticamente **Gaitera** a la popular barriada de la **Gaiteira**; y así se ha dado al inmediato lugar de **Pedralonga** la híbrida denominación de **Piedralonga**, vocablo que ni es todo gallego ni es todo castellano, pues participa inadecuadamente de los dos idiomas, cuando tiene perfectísimo derecho a seguir

usando su propio nombre de **Pedralonga**, que es sin duda el que recibió en su bautismo, y cuando para ser español en su totalidad y sin mezcla alguna debería llamarse **Piedraluenga** o **Piedralarga**.

Cito de pasada estos tres casos distintos de alteración de la verdadera toponimia gallega, que todos conocéis, porque son de nuestra ciudad, para que os forméis por ellos una idea aproximada de los fraudes de que han sido víctima los nombres de muchos de nuestros pueblos y aldeas, y para que además se vea la necesidad imperiosa y apremiante de acabar con esta amalgama de voces que desnaturalizan y vulneran nuestro léxico.

Quiere decir todo ello que urge regularizar, metodizar y puntualizar este ramo de nuestra lingüística, sometién-dolo a un minucioso estudio analítico y etimológico. La tarea es abrumadora. Galicia constituye una cantera inagotable, porque el vocabulario toponímico no ha de concretarse a los pueblos, lugares y aldeas de nuestras cuatro provincias, sino que ha de extenderse a los nombres propios de cada comarca, de cada valle, de cada monte, de cada vega, de cada trozo de viñedo y hasta de cada pequeña heredad. Hay ahí un manantial abundantísimo, agrandado por la extremada subdivisión parcelaria de nuestro suelo. Los foros antiguos de las tierras pueden dar mucha luz con las denominaciones de las fincas en ellos comprendidas, y los dueños de los foros, lo mismo que los párrocos y todos los amantes de Galicia, son los llamados a facilitar los nombres parciales de todas y cada una de las fincas y sitios de cada localidad, que tienen denominación especial, para formar con ellos el conjunto de vocablos toponímicos de nuestra región.

El día que eso se haga y se logre, habremos dado un gigantesco paso en la redentora labor de conocer nuestras

cosas, que es la mejor manera de saber, al fin, conocernos a nosotros mismos.

— 0 —

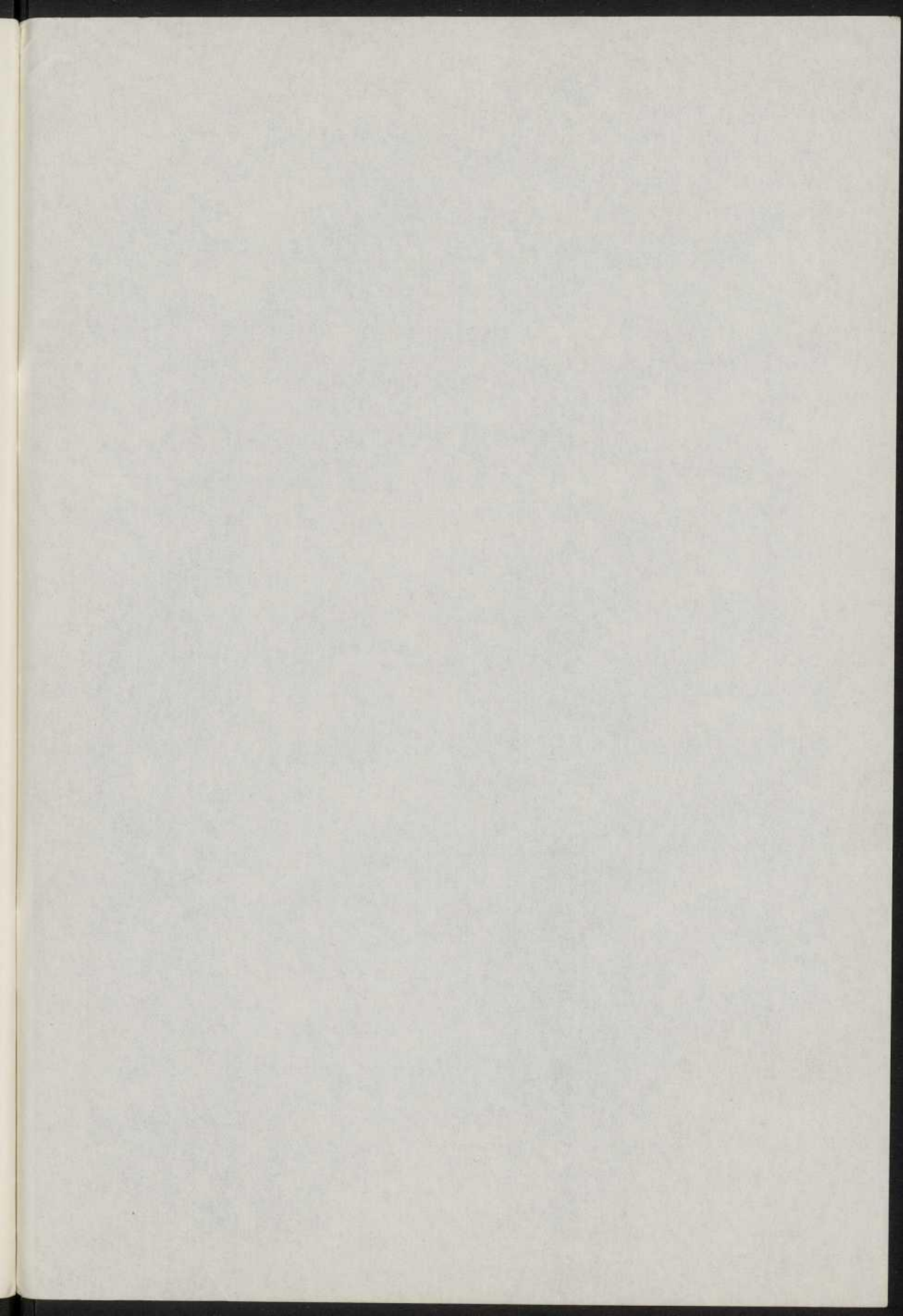
Termino rogándoos que perdonéis esta breve y deslavazada contestación, y agradeciendo con toda el alma a mi amigo muy querido don Fernando Martínez Morás, que me haya proporcionado la satisfacción íntima de ratificar aquí públicamente mi cariño y mi respeto a la santa memoria de su insigne y venerable padre, y que me haya honrado con la merced de designarme para abrirle de par en par las puertas de nuestra Real Academia, en la que entra por nobilísimos títulos hereditarios y por propios y legítimos merecimientos.

Cooperación de la
"Asociación Iniciadora y Protectora
de la
Real Academia Gallega"
La Habana

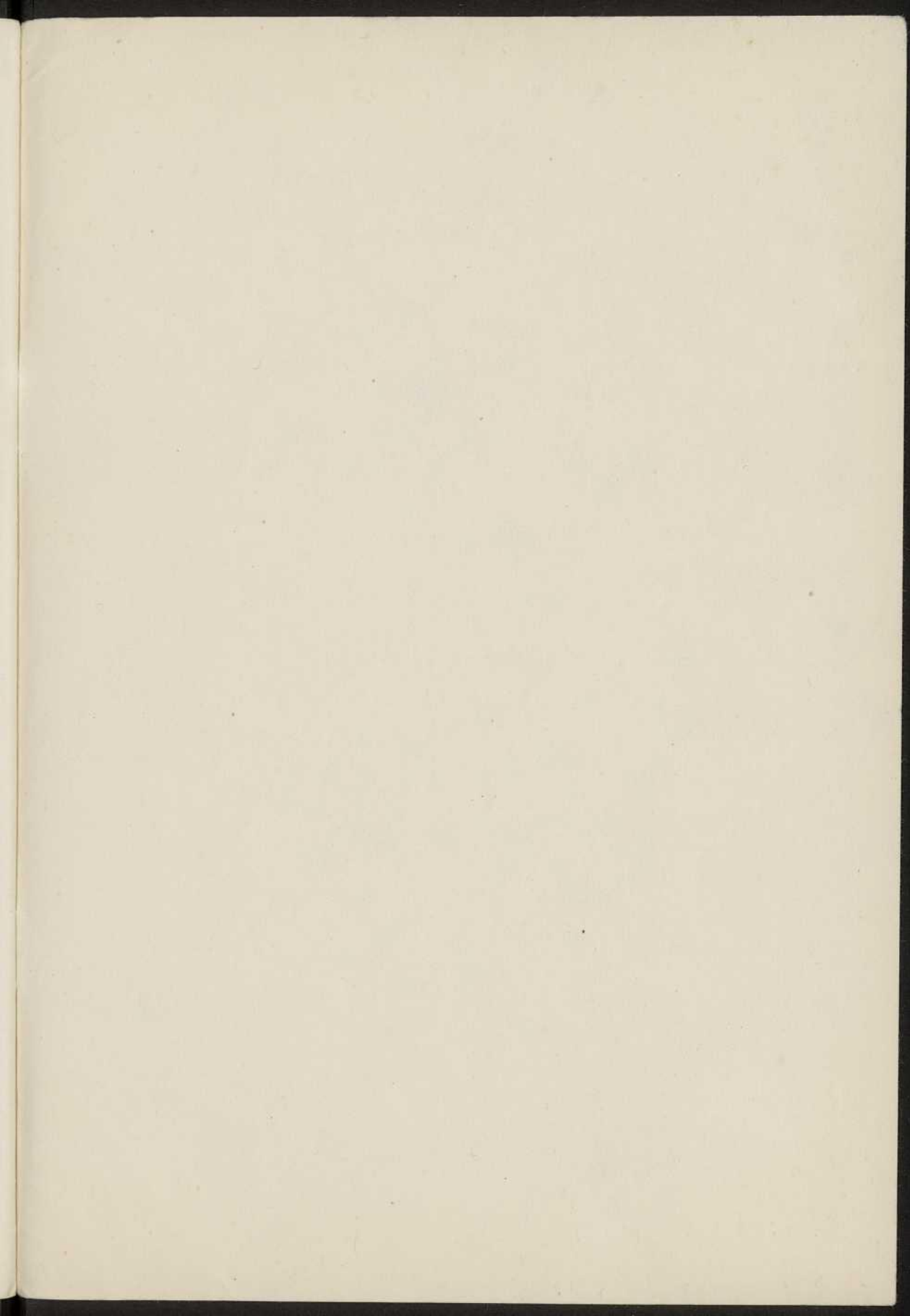
traza, que es la mejor manera de saber el fin, los medios
y los fines mismos.

Termino rogando que perdona este breve y desahogado
carta, y agradezco con todo el alma a mi
amigo muy querido don Fernando Martínez Mesa, que
me haya proporcionado la satisfacción de publicar
aquí públicamente mi carta y mi respuesta a la carta
de su hijo y querido amigo, y que me haya
honrado con la inserción de ambos en sus obras
de par en par las páginas de nuestra Real Academia, ya
que entre por voluntad propia y por propia
y leal voluntad.

Compañía de la
Academia Española y Portales
de la
Real Academia de la Lengua
de la Lengua







IMPRESA
PEREZ Y SIERRA S. A.
AVE. DE BELGICA No. 569
LA HABANA-CUBA

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

F13562

Biblioteca

CINCUENTA PESETAS